



—Mira, como toques a mi hermana vamos a parar al mar.
—Hombre, tomaremos un barco.



PALIQUE

Todos los países del mundo están equipando de aeroplanos á sus ejércitos y á sus armadas; en esta importantísima innovación no podíamos quedar rezagados y dentro de breve plazo, estará dispuesta para prestar servicio la flotilla de aeroplanos que se está terminando con sujeción á los últimos y más perfeccionados modelos, en el aeródromo de los Cuatro Vientos de Madrid.

Desde los ensayos de los aparatos de Santos Dumont al momento actual, la máquina voladora ha ido perfeccionándose de una manera prodigiosa, siendo cada nuevo modelo un atrevido y gallardo avance y una garantía del triunfo definitivo de un invento cuya aparición tantas desconfianzas y apasionadas discusiones ocasionó.

El aeroplano puede prestar grandes servicios en una guerra, y por eso las grandes potencias están montando fábricas para construir sus máquinas, buscando con empeño los mejores modelos; por su parte, las pequeñas naciones se ocupan también de la nueva arma de guerra, y envían oficiales á las diversas escuelas de Aviación de Europa, para que practiquen en ellas como á pilotos.

Para dar una idea de lo que se gasta en aeroplanos, basta decir que el año último fabricó Francia 1,350, cuyo valor calculado por lo bajo fué de doce millones de francos.

Un biplano ó un monoplano cuestan por lo regular de cinco á seis mil duros; pero el mayor atractivo de semejantes construcciones está en las ocasiones que ofrecen de ganar grandes é inesperados premios.

A pesar de no ser el precio exorbitante si se tiene en cuenta lo que cuestan un yate ó un auto, jamás sin embargo podrán las máquinas voladoras ser usadas como un objeto de sport, pues además de los grandes conocimientos técnicos que se precisan para dirigirlas, son

susceptibles de inesperadas sorpresas como lo demuestran el número incalculable de víctimas que han ocasionado.

Según los aviadores, una de las cosas que mayor contrariedad les ocasionan para orientarse, son las grandes extensiones de nieve, las montañas blancas cuyo reflejo deslumbra y ocasiona vértigo; vista en un cine ó en un panorama una montaña nevada parece una cosa fantástica; pero no hay comparable á las montañas azules, á las de eterna y espléndida vegetación; yo recuerdo las de Niza esmaltadas por variadas flores ó cubiertas de violetas, desde su pié á su cumbre; flores que adquieren para sus fábricas de perfumes los químicos de la inmediata villa de Gras, y sin embargo, más que aquellas poéticas montañas prefiero las típicas de esta tierra envueltas siempre por niebla diáfana y azul.

No faltan para los aficionados sports que cultivar aunque algunos tengan sus quiebras como le ha ocurrido recientemente á un nadador australiano que ganó el campeonato de natación en los últimos Juegos Olímpicos celebrados en Stocolmo.

A fin de entrenarse para tomar parte en el gran concurso que próximamente tendrá efecto en Australia, nadaba nuestro hombre en alta mar; pero apenas se había alejado de su canot, sintióse que lo arrastraban hacia el fondo; era una anguila monstruosa que se le enroscaba por el cuerpo. Una lucha desesperada se entabló entre el hombre y el monstruo marino, al fin el australiano pudo acabar con su enemigo y salir á flote, pero perdiendo en la lucha dos dedos de su mano derecha.

Era lo menos que le podía suceder.

PACHIN



LA CARTA Á PAPÁ

El papá se fué á Ultramar,
desconsolada Luisita
y su hermanita Pilar,
á su papá una cartita
las dos le quieren mandar.
— No sé explicar lo que siento.



— Dile Pilar que su ausencia
tristes nos dejó, cruel inclemencia
de la muerte, ó cruel momento.
— Dile que nuestro gozo sería,
que cruzara la inmensa lontananza
y trajera á sus niñas la alegría,
que viven tan solo de esperanza:



Que si alas tuvieran
sus hijitas desoladas,
cuan presto las extendieran
sobre las ondas saladas.

Así, Pilar le escribió
entre angustiada y llorosa
la tal misiva amorosa
que veloz el mar cruzó.



Llegó la misiva á Ultramar
y el papá al ver el cariño
de sus hijas, como un niño
no cesaba de Morar

EL PRIMER BAILE

Todas las vecinas y amigas habían asistido al momento de vestirse el niño.

El hecho constituía un verdadero acontecimiento.

Se trataba nada menos que de un baile de trajes á donde debía asistir Luisito, el hijo de la viuda que vivía en el so-tabanco.

El día anterior había recitado una invitación del señorito del principal, en que le rogaba que concurriese el domingo de Carnaval á la fiesta que daban en su casa en obsequio á sus amiguitos. Pintar el entusiasmo de Luisillo, las perplejidades de su pobre madre, los ruegos, los proyectos, las combinaciones que sucedieron al convite, sería difícil tarea.

Era bueno el niño del principal, era amable y afectuoso, cuantas veces encontraba al hijo de la viuda.

—Niño,—le decía,—dile á tu mamá que te permita bajar á jugar conmigo, verás que preciosos juguetes tengo y cuanto te divertirás.

Sin embargo, á la pobre viuda le pareció siempre un peligro que Luisito conociese un mundo distinto del en que vivía y siempre contestaba: «—Otro día.» «—Ya verás, en cuanto te compre otro calzado.»



«—Espera, hombre, espera que pueda hacerte otro delantal, ú otros pretextos por el estilo.»

Pero esta vez no cabían excusas ni dilaciones; allí estaba la invitación escrita con letras de colores sobre satinada y fina cartulina, constituyendo la felicidad suprema del pobre niño, al propio tiempo que

de dudas y vacilaciones para la viuda. Mas, al fin venció el deseo del chico, y la madre busca de aquí, busca de allá, armó en veinticuatro horas un traje mitad guerrero, mitad fantasía, que no había más que





Las langostas van saltando y el campo devastando.

pedir. Una colcha de damasco que la pobre mujer guardaba como oro en paño, sirvió para confeccionar la túnica; unas calzas bombachas de cierta vecina y unos galones que le prestó una amiga, dieron complemento á la caprichosa vestimenta, amén de varias condecoraciones que conservaba la viuda de su difunto esposo que había sido miliciano, y que colgó al angelito como el último detalle de tan original y complicado figurín.

—De seguro que no hay otro igual!—decían las vecinas mirándole embobadas.

La madre le contemplaba con éxtasis y lloraba pensando en la hermosura del muchacho, y de pena pensando en su difunto padre.

¡La alegría que hubiera tenido él que fué siempre de lo más padrazol!

Una vez dada la última mano, lo acompañó su madre hasta la puerta del Principal, acompañado de un criado penetró Luisito en el baile, lleno de entusiasmo y de ilusiones.



A la puerta del salón profusamente iluminado, donde danzaban ya algunas parejas, recibía Enrique á los convidados; era el niño mayor de los señores de la casa, magníficamente vestido de *Caballero del Cisne*, traje que cuadraba á maravilla á su gentil y simpática figura.

Relucía su cota de plata como si estuviera cuajada de brillantes, y del bruñido casco salían las blancas plumas de cisne que iban á confundirse con la capa blanca también como el armijo.

Al verle Luis quedóse deslumbreado y confuso sin atreverse á levantar los ojos.

Una dolorosa impresión de envidia, de disgusto, de vergüenza, se apoderó de él al contemplar á su amigo y comparar el traje de aquél con el suyo. Por vez primera en su vida saboreaba el amargor de la diferencia de clases, por vez primera sintió como un saetazo que le desgarraba el corazón.

A su exaltada y vivísima fantasía, se le presentaba el pequeño *Lohengrin* con proporciones colosales de elegancia y riqueza. Sin vacilar habría dado la mitad de su vida por poseer un vestido igual, culpando á su pobre madre que á pesar de gastar todos sus ahorros en ataviarlo, había tenido tan poco acierto y tan mal gusto.

Enrique que adivinó su turbación:

—Estás muy bien,—le dijo,—entra al salón y á buscar pareja; deseo que te diviertas esta noche.

Luisito dió unas vueltas; no conocía á ninguno de aquellos niños tan lujosos y elegantes, y que ávidos de alegría no se fijaban en el mal

gusto del disfraz de aquél, que mejor que un niño disfrazado parecía una alondra arrojada de su nido.

Cuanto más le atendían, menos se divertía el chico. Todas las pequeñas pasioncillas que duermen en el corazón de los niños, se despertaron de pronto en el suyo al conocer aspiraciones y goces ignorados para él hasta aquella hora; la bellísima figura de *Caballero del Cisne* le fascinaba hasta el extremo de mirarse así mismo con amarga, con dolorida repulsión.

* * *

Cuando volvió á su casa y la madre ansiosa le preguntó si se había divertido, el niño malhumorado y casi con lágrimas en los ojos, le refirió lo ocurrido en el baile; su disgusto al verse hecho un *mamarracho*, su envidia, sus ambiciones, su vergüenza, al verse corrido en medio de tanta opulencia.

—No debiste mandarme,—decía el chico sollozando,—yo no soy señorito;—mejor hubieras hecho en no dejarme ir.

La madre, dolorosamente sorprendida le reprendió con dulzura, mientras lo despojaba de aquellas galas que en su candidez creyó insuperables.

Después, y comprendiendo que ella tenía la mayor culpa de aquel incidente, tomó al niño en sus brazos y con voz persuasiva trató de volver la calma á su agitado espíritu.

—No debiste ir á ese baile,—le dijo acariciándole,—ni yo consentir en que fueses.—La vanidad nos cegó á los dos y ambos hemos recibido el debido castigo. No tengas envidia de ese niño vestido de plata... ¡Quién sabe como será su corazón! Su belleza exterior concluye con la fiesta, y tú si eres bueno estarás mañana más hermoso que él. Quédense esas fiestas para gente tallada; les niños á correr y á jugar al aire libre y en plena luz, eso es lo mejor para el cuerpo y para el alma.

Conforme iba la madre hablando, el chico se adormecía dulcemente mientras sus facciones suavizándose iban perdiendo poco á poco su dolorida expresión recobrando su habitual candidez y belleza.

Por último se quedó dormido; una dulce y graciosa sonrisa que entreabría las rosas de sus labios indicó á la solícita madre que el niño, libre ya de locas quimeras y ruines envidias, soñaba con los ángeles sus hermanos, con los ángeles más hermosos de la gloria, que son los que velan siempre para los huérfanos y desheredados.

H. G. DE LA R.



pero dan, al poco rato, con la horma de su zapato.

PAYASADAS DE CLONWS



—¡Hola, hola, amigo (him)!
—¡Hola, hola, hola, Pim, Pim!

Famoso pastel, y Chim que lo huele a distancias quilométricas.

—¿Dónde ponerlo en seguro? ¡Colosal, soberbia ideal!



Debajo del caño sujetando la pelota a un bramante.

Chim.—En la soledad un pastel y huele a vainilla y a romero.

—Y, que atracción magnética tienen esos dulces. Aprovechando...



Esto es el Diluvio ó la inundación de Consuegra.

—Cuidado, Pim, Pim, que cae un bólide de 500 toneladas.

Y descarga su paraguas á la cabeza de Pim, que exclama: —¿Qué haces?



Un terremoto.—¡Ah, si no es más que eso, voy á componer tu paraguas!

—Hola, Blanquita, acabo de descubrir un excelente nido para ti.

—Aquí podrás poner tus huevos con asco.

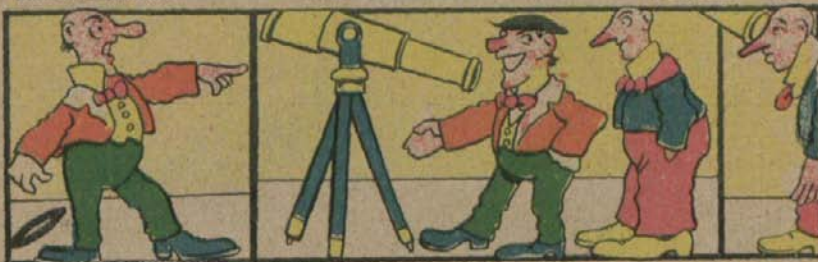
PAYASADAS DE CLONWS



Mi paraguas compuesto. Soberbio puño, este Pim es un artista infimitable.

Y que chileo, voy a lucirlo al instante. ¡Socorro, al traidor, los hombres, las aves!

—¡Pim, te felicito tus diabólicas sorpresas!



—Pero ahora te sorprenderás, apuesto a que jamás has visto la luna llena.

—Acércate a este lente y la verás a un metro de distancia. ¿La ves?

—No veo nada, ni la luna ni el carro de David.



—Observa bien, puf. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Esta te la cobras, amigo.

Con un soberbio molinete de puntapiés, una, dos, tres.

—¡Ja, ja, ial! ¿Qué te parece el recibio? ¡Uy, uy, auxilio, un volcán!



—Yame cobrare con las manzanas, que no las catarás.

—No seas tonto, tráelas y voy a enseñarte el más divertido de los juegos.

Una, dos, tres, un ramillete. ¡Ay, ay, para, para! Queda tranquilo, hombre, te las guardo en mi barriga.

“CHITO

Si le hubiéseis visto, tengo por seguro que no hubiera sido de vuestro agrado aquel perrillo mestizo, con manchas color de canela, rabón y sin orejas; flaco y extenuado, de puro hambriento, que atendía por el nombre de «Chito» y se le consideraba como un estorbo en casa del tío



Candela, uno de los labradores más ricos de cierto pueblecillo de Andalucía, cuyo nombre no hace al caso.

«Chito», á más de feo, era desgraciado ¡pobre animalillo!, no había puntapié de gañán, varazo de arriero, ni pedrada de chiquillo mal intencionado que no fuese á parar á sus molidas costillas ¡Y cuenta que «Chito» no era un perro bullanguero ni ladrador, ni aficionado á hacer mal á nadie; y si en muchas ocasiones se vengó de sus enemigos, lo hizo lamiendo la mano del que injustamente le castigaba. De esto podía dar fé su amigo «León», un mastín de pura raza, blanco, corpulento, con una boca enorme, roja, húmeda y poblada de afilados dientes que enseñaba siempre gruñendo á los que osaban pasar á cualquier hora por el cortijo del tío Candela, cosa que le había adquirido cierta fama de bravo y fiero que le hacía el más temible de los mastines en diez leguas á la redonda.

Pero bien se sabía «Chito», aun que se lo tenía muy callado, que de su compañero «León» con sus ladridos estridentes y su aire de perdonavidas, era cobarde, muy cobarde, como son todos los bravucones. Eso

si, [para «León» eran las caricias y los mejores mendrugos, y para «Chito» andaba siempre la pitanza escasa y no se perdía golpe en el cortijo que no se lo encontrara él!

Una vez notaron los vecinos de aquel pueblecillo que las aves de sus corrales desaparecían sin saber por dónde; hoy unas, mañana otras, sin que ellos pudiesen darse cuenta de cuál pudiera ser la causa de aquello, oyéndose con frecuencia diálogos como el siguiente:

—Vecina, ¿ha visto usted por ahí mi gallinita negra?

—No señora, no la he visto; y mire usted, esta mañana he corrido todo el pueblo en busca de dos de mis pollos.

—¿Y los ha encontrado?

—¡Que he de encontrar, si parece que se los ha tragado la tierra!

—¡Pues es muy extraño! También á la *señ* Rita se le han perdido dos gallinas, y trece á la mujer del herrador... ¡Hija, si esto parece cosa de maleficio!

—Yo creo que no hay tal cosa, vecina, y me figuro que lo que hay son rateros; y no me gusta levantar falsos testimonios, pero tengo mis sospechas y hasta juraría que uno de los tales es...

—¿Quién, vecina?

—Pues ¿quién ha de ser? ¡El hijo de la tía Coscoja, que es de los más finos!... Ya lo dice el refrán: «*De tal palo, tal astilla.*»

—¡Ya se ve que sí!... No ha salido mala astilla el chico, ¿quién iba á pensar que mi gallinita negra iba á servir de regalo para esa bruja? Ya verá usted la que se arma en cuanto le eche el ojo al bribonazo.



Estaban, sin embargo, equivocadas las buenas mujeres, ni el hijo de la Coscoja, ni Currillo el gitano, que eran allí los más aficionados á lo ageno, tenían arte ni parte en aquellos hurtos. Como no hay cosa mala que permanezca ignorada mucho tiempo, se supo después que



El payaso — Cuando empiece el cantabil León, apretad los instrumentos.
Los pequeños músicos. — Lo que apretaremos será á correr.

quien tales destrozos causaba era una condenada zorra, á la que nadie podía dar caza, por más que se la acechaba y se ponían trampas para cogerla.

«Chito» fué uno de los perros que primero la vieron, aunque á larga distancia, porque iba la muy ladina corriendo con su presa por aquellos campos, como alma que lleva el diablo; y por más que la siguió, era tal la oscuridad del campo que pronto la perdió de vista.

Pero ¡que destrozos hacía la tragona de la zorra! Para ella eran las mejores gallinas y los pollos más tiernos, y ¡es claro! engordaba que era un contento, porque cuando llegó, de no se sabe dónde, á los cercanos cerros del pueblo, venía en los puros huesos y con unas ganitas de comer atroces.

Casi siempre al rayar la noche bajaba ella deslizándose, más que andando, con ese paso cauteloso del ladrón, atento el oído á los menores marmallos, estirado el pescuezo y moviendo algo el hocico. Si oía el *quiquiriquí* de algún vigilante gallo, se extremecía de gusto, como si dijera para su pellejo: «—¡A ese cantante me lo ceno yo esta noche!»

Un día, á eso de la madrugada, rondaban «Chito» y «León» por el cortijo de su amo. Andaban los perros de acá por allá, cuando sintieron algo como aleteos y graznidos en el corral. Dirigióse «Chito» á aquel sitio, agazapóse en unas matas que había junto á las tapias y prestó atento oído, mientras «León» hacía la rosca y se tendía á dormir en un montón de hierba seca.

«—No hay duda,—debió pensar «Chito»,—el ladrón está dentro y no tiene más salida que esta.»

Y en efecto, de allí á poco rato sintió que alguien gateaba del lado de allá de la tapia y después vió caer junto á él un bulto en el que reconoció á la zorra, que levantóse ligera sin soltar el gallo que traía cogido por la cabeza y se dispuso á marchar, pero «Chito», ligero como una ardilla, dió un salto é hizo presa en el peludo pescuezo de ella, que al sentir aquellos dientes trató de desasirse sacudiéndose sin que le fuese posible conseguirlo, pues cuantos más esfuerzos hacía, más apretaba «Chito», que parecía decirle:

«—¡Suelta, suelta, ladrona, el gallo de mi amo ó te ahogo!»

Se despertó «León», y no atreviéndose á hacer otra cosa empezó á ladrar,

Salió en esto de la casa el tío Candela, armado de escopeta y al ver á «Chito» en aquel apuro, disparó sobre la zorra un tiro tan certero que la hizo rodar por tierra moribunda. Entonces el valiente «Chito» fué á echarse á los pies de su amo, que estaba asombrado de ver que aquel animalillo, á quien todos juzgaban inútil y cobarde, los había librado de un temible enemigo.

Desde entonces el tío Candela se ha convencido de que el humilde, aunque sea mucha su fealdad, merece siempre consideración y aprecio; pues ni el valor ni la bondad tienen ninguna relación con la hermosura del cuerpo.

A. F. N.



—Nadie de vosotros es capaz de hacer lo que hace Golfín: sostenerse con dos patas solamente.

El mono.—Con dos patas nadie mejor que tú.

ENSEÑANZAS PRÁCTICAS

TRANSFORMACIÓN DEL GUSANO

Los gusanos antes de pasar en estado de crisalidas devoran en un mes 60 000 veces su peso en alimento, de esta manera se encuentran preparadas para la nueva existencia que están llamadas á disfrutar;

para eso deben desenvolverse en ellas nuevos órganos perfeccionados que se adaptan á las nuevas condiciones de su existencia; y también porque la transformación de su cuerpo difiere materialmente de las leyes de vida que son propias á los demás seres. En esto el cuadro nos dá un ejemplo de su omnipotencia.

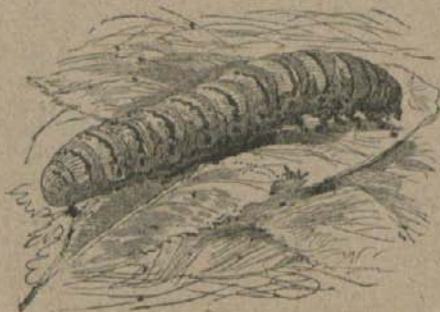
Finalmente, porque durante el período que el insecto duerme en la crisalida, las flores y sus jugos dulces, de las cuales la mariposa debe alimentarse, se preparan para sustentarla, lo mismo que lo hacían las verduras cuando existía dentro del huevo, para el gusano que debía nacer.

Así, pues, cuando la bella mariposa despliega sus doradas alas, encuentra por segunda vez que, en tanto que ha estado durmiendo, la Naturaleza le ha preparado su comida y ahora hecha á volar alegremente buscando la leche y la miel á las hermosas flores, que en el tiempo que pasó en el estado de crisalida, no habían abierto todavía sus pétalos.

A la salida de una conferencia científica.

Malhumorado Gedeón por haber echado la noche á sabios.

—¡Valiente bromazo hemos corrido,—dice,—dos horas charlando sobre los mundos invisibles! Más que la luz eléctrica se precisaban los rayos X, para que nos revelaran esos mundos que quedan entre tinieblas.



PASATIEMPOS

CHARADA

Mi segunda y mi tercera,
mi tercera y mi segunda
son dos letras separadas
pero cuatro letras juntas.

Mi segunda y mi primera
va encima como la espuma
y al revés por el contrario,
debajo y hasta las uñas.

Y mi primera, que siempre
de pe á pá se pronuncia,
repetida por sí sola
lo que mi todo es en suma.

A la salida de un sermón:

Un paleta. — ¡Qué señor tan sa-
bio y qué cosa tan hermosas ha
dicho!

— ¿Sí? Pues cuéntame algo,
¡cuánto siento no haberlo oído!

— ¿Que te cuente algo.. pero
tu crees que yo he entendido una
sola palabra?...

— Entonces, ¿no dices que ha
dicho cosas muy hermosas?

— Pues ahí tienes, por eso no
se lo que ha dicho.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

GUSTOS GUSTOS

A ruego de algunos suscriptores, los
juegos, construcciones y demás pasa-
tiempos, que daremos en algunos núme-
ros, irán en lo sucesivo en una hoja
suelta para que el semanario quede
íntacto para su colección.

A pesar del sacrificio material que
representa esta innovación, lo haremos
con gusto tratándose de complacer á
nuestros favorecedores.

CHARADA ILUSTRADA



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIÓN á los pasatiempos del
número anterior

Jeroglífico comprimido. — Se sale
del cuadro.

Enigma. — El hielo.

Charada. — Cómico.

CORRESPONDENCIA

A. Fabregat. Se publicará. — Roberto
Samsó. Irán los dos chistes. Puedes mandar
las cartas jeroglíficas, pero han de ser con
tinta china. — Francisco Estanislao. Ira la
poesía humorística *El suicidio*. — J. Bus-
quets. Publicaremos el chiste ilustrado,
el diálogo es demasiado largo. — Valentín
Castany. Se publicará a la mayor bre-
vedad. — A. L. No sirve. — E. P. Los escritos
han de ser rigurosamente personales.

Para la correspondencia al director de

Cerros de los Niños, Apartado, 88

CASTIGO



Es la mujer de Rufino
planchadora de lo fino.



Y don Rufo su marido
bebedor empedernido.



Entre el juego y la bebida
se pasa toda la vida.



Y, tanto bebe el doncel
que queda como un tonel.



Viéndole hecho una sopa
lo ponen dentro la ropa.



Con el lio en que le ataron
a su mujer le llevaron.



Siente la pobre un vahído
de esperar a su marido.



Cansada ya de esperar
lleva su ropa a lavar.



Quando va por el camino
oye el gruñir de un tocino.



Con diligencia y salero
tira el lio al lavadero



Del lio chapeteando
sale su esposo chillando,



Y, con la pala le dió
hasta que lo escarmentó.